

Cuando hubo partido el mensajero, aseguró Cortés al monarca que esta pronta deferencia á su demanda le convencia de su inocencia; pero era necesario que su soberano quedara igualmente convencido de ella, y nada seria mas á propósito para esto, como el que Montezuma trasladase su residencia al palacio ocupado por los españoles, hasta que á la llegada de Quauhpopoca se acabara de investigar completamente el asesinato. Tal acto de condescendencia mostraria por sí mismo un miramiento personal hácia los españoles, incompatible con la baja conducta de que se le acusaba, y le libraria completamente de toda sospecha (10).

Escuchó Montezuma esta proposicion y el débil racionio en que se apoyaba, con una profunda admiracion. Púsose pálido como la muerte; pero en un momento se pintó en su rostro el resentimiento, y con el orgullo de la dignidad ofendida, exclamó: „¿Cuándo se ha visto que un gran príncipe como yo voluntariamente deje su palacio, y se entregue prisionero en manos de extranjeros...?”

Cortés le aseguró que no iria como prisionero: que experimentaria un trato respetuoso de parte de los españoles: que estaria rodeado de su familia y servidumbre, y trataria con su pueblo como de ordinario; en una palabra, no haria mas que cambiar su habitacion de uno de sus palacios á otro, circunstancia muy comun en él. Todo fué en vano. „Si yo consintiese en tal degradacion,” contestó, „mis súbditos nunca lo permitirian.” (11). Cuando se le instó mas sobre esto, ofreció dar uno de sus hijos y una hija para que permanecieran en rehenes con los españoles, y poder evitar así esta desgracia.

Dos horas pasaron en esta inútil discusion, hasta que un valeroso caballero, Velazquez de Leon, impaciente de tan larga demora, y viendo que su tentativa podia arruinarlos, exclamó: „¿por qué gastamos tantas palabras con este bárbaro? Hemos avanzado mucho para retroceder ahora. Aprisionémosle, y si se resiste, envainemos nuestras espadas en su cuerpo.” (12). El fiero tono y amenazadores gestos con que pronunció estas palabras, alarmaron al monarca, quien preguntó lo que el colérico español decia. La interprete se lo explicó del modo mas suave que pudo, y le suplicó „acompañara á los hombres blancos á sus cuarteles, donde seria tratado con todo respeto y consideracion, al paso que si lo rehusaba se expondria á una violencia, y acaso á la muerte.” Indudablemente manifestó Marina á su soberano lo que sentia, y nadie mejor que ella tenia mas oportunidad de saber la verdad.

Esta última circunstancia amortiguó la resolucion de Montezuma. En vano este desgraciado príncipe buscaba en torno suyo simpatía ó proteccion. Girando

(10) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 86.

(11) „Cuando yo lo consintiera, los míos no pasarían por ello.” Ixtlixochitl, Hist. chich., MS., cap. 85.

(12) „¿Qué hace v. m. ya con tantas palabras? O le llevemos preso, ó le daremos de estocadas, por eso tornadle á decir, que si da voces ó hace alboroto, que le mataréis, porque mas vale que de esta vez aseguremos nuestras vidas, ó las perdamos.” Bernal Diaz, Hist. de la Conquista. cap. 95.

su vista por el semblante severo y armaduras de los españoles, creyó que habia llegado su última hora; y con voz apenas perceptible por la emocion, consintió en acompañar á los extranjeros; en dejar el palacio que nunca habia de volver á habitar. Si hubiera poseido el valor del primer Montezuma, habria llamado á sus guardias, y habria derramado su sangre en el pavimento antes que ser arrastrado por él como un miserable cautivo; pero su valor se abatió por las circunstancias: conoció que era el instrumento de un destino irresistible (13).

No bien lograron los españoles su consentimiento, cuando se mandó venir la real litera. Los nobles que la llevaron y la servian, apenas podian dar crédito á sus sentidos cuando supieron la resolucion de su señor; mas el orgullo vino en auxilio de Montezuma, y puesto que debia ir, le pareció mejor se creyera que lo hacia por su voluntad. Al atravesar las calles la real comitiva escoltada por los españoles, se reunió multitud del pueblo con la vista inclinada y semblante abatido, y corrió entre él un rumor de que el emperador era conducido por fuerza á los cuarteles de los hombres blancos. Hubiérase seguido un tumulto á no ser por la intervencion del mismo Montezuma que mandó al pueblo se dispersase, pues iba voluntariamente á visitar á sus amigos; sellando así su ignominia con una declaracion que privaba á sus súbditos de la única excusa para resistir. Cuando llegó á los cuarteles, mandó á los nobles que aseguraran esto mismo al populacho y renovaran sus órdenes para que volvieran á sus hogares (14).

Fué recibido por los españoles con ceremonioso respeto, y eligió los aposentos que mas le agradaron. Pronto fueron adornados con hermosas cortinas de algodón, plumajes y toda la elegancia de la tapicería india. Acompañábanle las personas de su servidumbre que eligió: sus mugeres y pajes; y era servido en la mesa con el lujo y pompa ordinaria. Daba audiencia á sus súbditos lo mismo que en su palacio, aunque eran admitidos á su presencia pocos á la vez, bajo el pretexto del mayor orden y decoro. De los mismos españoles recibia

(13) Oviedo duda si la conducta de Montezuma debe considerarse pusilánime, ó prudente. „Al cronista le parece, segun lo que se puede colegir de esta materia, que Montezuma era, ó muy falto de ánimo, ó pusilánimo, ó muy prudente, aunque en muchas cosas, los que le vieron lo loan de muy señor y muy liberal; y en sus razonamientos mostraba ser de buen juicio; sin embargo inclina la balanza en favor de la pusilanimidad.”

„Un príncipe tan grande como Montezuma no se habia de dejar incurrir en tales términos, ni consentir ser detenido de tan poco número de españoles, ni de otra generacion alguna; mas como Dios tiene ordenado lo que ha de ser, ninguno puede huir de su juicio.” Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 6.

(14) La historia de la prision de Montezuma con las discordancias acostumbradas sobre los pormenores, puede verse en la Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 84-86.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 95.—Ixtlixochitl, Hist. chich., MS., cap. 85.—Oviedo. Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 6.—Gomara, Crónica, cap. 83.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 8, cap. 2 y 3.—P. Martir de Anglería, De Orbe Novo, déc. 5, cap. 3.

una formal deferencia. Ninguno, ni aun el general se acercaba á él sin descubrirse la cabeza, y tratarle con la cortesía debida á su rango. No tomaban asiento en su presencia antes que él los invitara á hacerlo (15).

Con toda esta estudiada ceremonia y apariencia de respeto, habia una circunstancia que con bastante claridad manifestaba al pueblo que su soberano era prisionero. En el frente del palacio estaba situada una partida de sesenta hombres, é igual número en la espalda. Veinte de cada destacamento montaba a la vez la guardia teniendo una cuidadosa vigilancia dia y noche (16). Otra partida bajo las órdenes de Velazquez de Leon, estaba colocada en la real antecámara, y castigaba Cortés en los centinelas cualquiera omision en su deber ó falta de vigilancia con la mayor severidad (17). Conocia que cada español debia saber que la fuga del emperador seria su ruina. Esta interminable vigilancia agravó fuertemente sus fatigas. „Seria mejor que este perro rey muriera,” exclamó un dia un soldado, „y no que nosotros consumamos nuestra vida de este modo.” Estas palabras llegaron á oídos de Montezuma, quien entendió algo de su significacion, y de orden del general fué castigado severamente el ofensor (18). Tales muestras de irrespetuosidad eran muy raras. Ciertamente el amable trato del monarca que parecia complacerse en la compañía de sus carceleros, y que nunca dejó sin recompensa un favor ó atencion aun del mas ínfimo de los soldados, inspiraron á los españoles toda la afeccion que eran capaces de sentir por un bárbaro.

Este era el estado de las cosas cuando se anunció la llegada de Quauhpopoca. Venia acompañado de su hijo y quince gefes aztecas. Habia viajado todo el camino conduciéndole en litera como correspondia á su rango. Para entrar á la presencia de Montezuma, cubrió su rico traje con la tosca capa de *nequen*, y ejecutó los acostumbrados y humillantes actos de respeto. Esta miserable ostentacion de ceremonias cortesananas, eran mas chocantes puestas en contraste con la condicion que entonces guardaba la persona á quien se dirigian.

El gobernador azteca fué recibido con frialdad por su señor, quien sujetó el negocio, pues no tenia arbitrio de hacer otra cosa, al exámen de Cortés; lo que indudablemente se hizo muy sumariamente. A la pregunta del general de si el cacique era súbdito de Montezuma, contestó: „¿A qué otro soberano podia y

(15) „Siempre que ante él pasábamos, y aunque fuese Cortés, le quitábamos los bonetes de armas ó cascos, que siempre estábamos armados, y él nos hacia gran mesura, y honra á todos... Digo que no se sentaban Cortés, ni ningun capitan, hasta que el Montezuma les mandaba dar sus asentaderos ricos, y les mandaba asentar.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 95, y 100.

(16) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 8, cap. 3.

(17) Una vez tres soldados que dejaron su puesto sin haber recibido orden de hacerlo, fueron sentenciados á carrera de baquetas; pena poco menor que la de muerte. Ibid., ubi supra.

(18) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 97.

servir?” dando á entender con esto que el dominio de aquel era universal (19). No negó la parte que tuvo en el asesinato, ni procuró escudarse con la autoridad real; y hasta que él y sus compañeros fueron sentenciados á muerte, no hicieron recaer en Montezuma la culpa de sus procedimientos (20). Fueron condenados á ser quemados vivos frente al palacio, y las piras funerales se formaron con saetas, jabalinas y otras armas tomadas con permiso del emperador, de los arsenales que habia en el gran *teocalli*, donde habian sido almacenadas para servir en caso de algun tumulto ó insurreccion.

Para coronar esta conducta extraordinaria, mientas se hacian los preparativos de la ejecucion entró Cortés á la habitacion del monarca seguido de un soldado que llevaba unos grillos. Con aspecto severo acusó al emperador de ser el principal autor de la violencia ejecutada con los españoles, como lo acreditaba la declaracion de los que le habian servido de instrumento. Tal crimen que en un súbdito merecia la muerte, no podia quedar aun en un soberano sin algun castigo. Diciendo esto mandó al soldado sujetase con los grillos los piés de Montezuma. Esperó con serenidad que se ejecutara esta operacion, y concluida, volviendo la espalda al monarca, dejó el aposento.

Este último insulto, anudó la lengua de Montezuma. Hallábase como aquel á quien un fuerte golpe priva de todas sus facultades intelectuales. No opuso resistencia; pero aunque no habló palabra, los profundos suspiros y mal suprimidos sollozos en que de cuando en cuando prorumpia, manifestaban las angustias de su espíritu. Los que le acompañaban, bañados en lágrimas, le ofrecian sus consuelos, sostenian en sus brazos con ternura los piés del monarca, y procuraban impedir la presion del hierro introduciendo sus chales y mantas; pero no podian arrancar el puñal que habia atravesado su alma. Conocia que no era ya rey.

Entre tanto verificábase la ejecucion en el patio del palacio. Todo el ejército español estaba sobre las armas para evitar que los mejicanos quisieran interrumpirla; mas ninguna tentativa se hizo con este objeto. El pueblo la miraba con silenciosa admiracion considerándola como sentencia del emperador. El modo de ejecutarla tampoco excitó sorpresa por lo familiarizados que estaban con semejantes espectáculos, agravados sin duda con los horrores adicionales de sus diabólicos sacrificios. El noble azteca y sus compañeros atados de piés y ma-

(19) „Y despues que confesaron haber muerto los españoles, les hice interrogar si ellos eran vasallos de Montezuma. Y el dicho Quauhpopoca respondió, ¿que si habia otro señor de quien pudiese serlo? casi diciendo, que no habia otro, y que sí eran.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 87.

(20) „E asimismo les pregunté, ¿si lo que allí se habia hecho habia sido por su mandado? y dijeron que no, aunque despues, al tiempo que en ellos se ejecutó la sentencia, que fuesen quemados, todos á una voz dijeron, que era verdad que el dicho Muteczuma se lo habia enviado á mandar, y que por su mandado lo habian hecho.” Ibid., lug. cit.

nos á las inflamadas piras, se sujetaron á su terrible destino sin exhalar un gemido, sin proferir una queja. La fortaleza pasiva es la virtud del guerrero indio; y el azteca así como las otras rasas de la América del Norte, fundaba su gloria, en mostrar que el espíritu de un hombre de valor puede triunfar de la tortura y sobreponerse á las agonías de la muerte.

Cuando concluyó la horrible tragedia, volvió á entrar Cortés á la habitacion de Montezuma. Doblando la rodilla le quitó los grillos con sus propias manos, expresando al mismo tiempo cuánto sentia haberse visto obligado á imponerle tal castigo. Este último ultraje, acabó de abatir el espíritu de Montezuma; y el monarca, cuya voluntad una sola semana antes hubiera hecho temblar las naciones del Anáhuac aun en sus mas remotos confines, estaba ahora bastante acobardado para solo pensar en manifestarse agradecido al que le volvia su libertad, como si le dispensara un grande é inmerecido favor (21).

No mucho despues, conociendo el general español que su real prisionero estaba suficientemente humillado, le aseguró podia si lo deseaba volver á su palacio. Rehusólo Montezuma, dando por razon, segun se dice, que sus nobles mas de una vez le habian estimulado á vengar sus injurias tomando las armas contra los españoles, y que si se ponía en medio de ellos seria difícil evitarlo, y salvar á la capital del derramamiento de sangre y de la anarquía (22).

Esta razon le hacia honor si ella fué la que influyó en su determinacion; pero es probable que no quisiera confiar su seguridad á los altivos y orgullosos nobles que habian presenciado la degradacion de su señor, y debian despreciar su pusilanimidad no advertida en alguno otro de los monarcas aztecas. Dicese tambien que cuando Marina fué á comunicarle el permiso de Cortés, el otro intérprete Aguilar, le dió á entender que los oficiales españoles nunca consentirian en que hiciera uso de él (23).

Sean cuales fueren las razones que hubiera tenido, lo cierto es, que rehusó la oferta; y el general con un entusiasmo efectivo ó muy bien fingido le abrazó, declarando „que le amaba como á un hermano, y que todos los españoles defenderian su causa con el mayor celo.” „Palabras de miel que Montezuma,” dice el astuto anciano historiador que estuvo presente, „sabia lo que valian.”

(21) Gomara, Crónica, cap. 89.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS. lib. 33, cap. 6.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 95.

Es dudoso si la compasion ó el desprecio predomina en la relacion que hace de este acontecimiento, P. Martir de Anglería. „Infelix tunc Muteezuma re adeo nova percussus, formidine repletur, decidit animo, neque iam erigere caput audet, aut suorum auxilia implorare. Ille vero penam se meruisse fassus est, uti agnus mitis. Quo animo pati videtur has regulas grammaticalibus duriores, imberbibus pueris dictatas, omnia placide fert, ne seditio civium et procerum oriatur.” De Orbe Novo, déc. 5, cap. 3.

(22) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 88.

(23) Bernal Diaz, Ibid., ubi supra.

Los acontecimientos referidos en este capítulo, son ciertamente los mas extraordinarios. Que un pequeño número de hombres, cual era el de los españoles, hubiera entrado al palacio de un poderoso príncipe, aprisionándole en medio de sus vasallos, y conducídole prisionero á sus cuarteles: que hubiera hecho sufrir una muerte ignominiosa á sus altos funcionarios por ejecutar probablemente sus mandatos, y concluido el funesto drama con cargar de grillos al emperador, como á un vil malhechor: que esto se hubiera hecho no con un débil anciano en la decadencia de su gloria, sino con un orgulloso monarca, en la plenitud de su poder, en el centro de su misma capital, rodeado de mil y mil que temblaban á una sola inclinacion de su cabeza, y que hubieran derramado su sangre gustosamente en su defensa: que todo esto se hubiera ejecutado por un puñado de aventureros, es demasiado extraordinario, enteramente improbable para las páginas de un romance; y sin embargo es exactamente la verdad. Con todo, no debemos descansar en el juicio de los contemporáneos, que admiraron estos actos. Bien podemos desconfiar de los fundamentos con que procuran justificar el ultraje de un soberano que se habia mostrado amigo, por aquellos mismos que estaban recogiendo el fruto de sus favores.

Para ver esta materia de diversa manera, debemos contemplar la posicion de los conquistadores, y considerar en ellos el derecho antiguo de conquista. Mirándola desde este punto de vista, muchas dificultades se desvanecen. Si la conquista era un deber, todo lo que era necesario para ejecutarla, era justo tambien. Justo y conveniente habian llegado á ser términos convertibles; y difícilmente puede negarse que la prision del monarca era conveniente, si querian los españoles mantener la posesion del imperio (24).

La ejecucion del gobernador azteca sugiere otras reflexiones. Si realmente era reo del pérfido acto que le imputaba Cortés, y si Montezuma negó tener parte en él, mereció el gobernador la muerte, y el derecho de gentes justifica al general de habérsela impuesto (25). Pero no puede explicarse muy bien por qué envolvió á tantos en esta sentencia, cuando los mas ó tal vez todos, obrarian por obedecer la autoridad del soberano. El cruel género de muerte que sufrieron, sorprenderá menos á los que estén familiarizados con los códigos penales que regian el siglo décimosexto en las naciones mas civilizadas.

¿Empero si merecia el gobernador la muerte, qué razon habia para el ultraje

(24) El arzobispo Lorenzana á fines del siglo pasado, encuentra en las Sagradas Escrituras una buena disculpa de la conducta de los españoles. „Fué grande prudencia y arte militar haber asegurado á el emperador, porque si no quedaban expuestos Hernan Cortés y sus soldados á perecer á traicion, y teniendo seguro á el emperador se aseguraba á sí mismo, pues los españoles no se confian ligeramente: Jonatas fué muerto y sorprendido por haberse confiado de Triphon.” Rel. seg. de Cortés, p. 84, nota.

(25) Véase á Puffendorf, De Jure Naturae et Gentium, lib. 8, cap. 6, sec. 10.—Vattel, derecho de gentes lib. 3, cap 8, sec. 141.

cometido en la persona de Montezuma? Si aquel era reo, el segundo estaba inocente; y si el cacique habia obrado en cumplimiento de las órdenes de su señor, la responsabilidad era solo de éste. No podian ambos ser á un mismo tiempo culpables.

Mas es en vano racionar sobre esta materia con arreglo á los principios abstractos de la justicia, ó suponer que los conquistadores se molestaran con los refinamientos de la teología moral. Su estandarte de lo justo ó injusto con referencia á los nativos, era demasiado simple; despreciándolos como pertenecientes á una raza proscrita, sin Dios en el mundo, creian como era comun en su época, ser su „mision,” usando la afectada frase de nuestros dias, conquistar y convertir. Las medidas que habian adoptado, ciertamente facilitaban lo primero. La ejecucion de los caciques difundia el terror, no solo en la capital, sino por todo el pais. Ella manifestaba que no habia de tocarse un pelo de un español con impunidad. Volviendo á Montezuma despreciable á sus mismos ojos y á los de sus súbditos, le privaba Cortés del apoyo de su pueblo, y le obligaba á arrojarle en los brazos del extranjero. Era una conducta política que pocos hombres que tuvieran un rasgo de humanidad, habrian podido adoptar.

Un buen criterio sobre la moral de los actores en estos acontecimientos, proporcionan las reflexiones de Bernal Diaz, hechas unos cincuenta años despues de que aquellos tuvieron lugar, cuando el fuego de la juventud se habia extinguido, y cuando volviendo su vista medio siglo atrás, debia suponérsele desprendido de la parcialidad y preocupaciones que ofuscan lo presente. „Ahora que soy anciano,” dice el veterano, „me entretengo con traer á la memoria los heroicos hechos de aquellos dias, que tengo tan presentes, como si hubieran acontecido ayer. Recuerdo la prision del monarca indio, el haberle puesto grillos, y la ejecucion de sus funcionarios, pues todas estas cosas me parece que están pasando actualmente; y cuando considero nuestras hazañas me convenzo de que no fueron ejecutadas por nosotros, sino que la providencia de Dios nos guiaba. Mucha materia hay aquí para meditar” (26). Ciertamente la hay, y no para una meditacion desagradable, si se reflexiona en el progreso que al menos en la moral especulativa ha hecho el siglo diez y nueve sobre el décimosexto. Pero ¿la certeza de esto no nos enseñará á ser considerados? ¿no nos hará muy desconfiados en aplicar los principios de lo presente, para medir las acciones de lo pasado?

(26) „Osar quemar sus capitanes delante de sus palacios, y echalle grillos entre tanto que se hacia la justicia, que muchas veces ahora que soy viejo me paro á considerar las cosas heroicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes: y digo que nuestros hechos, que no los hacemos nosotros, sino que venian todos encaminados por Dios..... Porque hay mucho que ponderar en ello.” Hist. de la conquista, cap. 95.

CAPITULO IV.

MANEJO DE MONTEZUMA.—SU VIDA EN LOS CUARTELES ESPAÑOLES.—

INSURRECCION MEDITADA.—PRISION DEL SEÑOR DE TEZCUCO.—

MEDIDAS ULTERIORES DE CORTES.

1520.

La fundacion de la villa rica de Veracruz, fué de la mayor importancia para los españoles. Era el puerto por donde habian de comunicarse con España: la fuerte posicion á que habian de retirarse en caso de algun contratiempo: la que habia de confundir á sus enemigos, y dar seguridad á los aliados; el *point d'appui*, punto de apoyo para todas sus operaciones en el pais. Mucho pues interesaba que su cuidado se confiase á manos leales.

Un caballero llamado Alonso de Grado habia sido enviado por Cortés á ocupar el lugar vacante por la muerte de Escalante. Tenia una gran reputacion, tanto civil como militar, y creyóse que estaria mas dispuesto á mantener las relaciones pacificas con los nativos, que otra persona de un espíritu mas guerrero. Pero en esta vez hizo Cortés lo que era muy raro en él; una mala eleccion. Pronto recibió tales noticias de las conmociones de la colonia, ocasionadas por las exacciones y negligencias del nuevo gobernador, que resolvió exonerarle.

Dió pues el mando á Gonzalo de Sandoval, jóven caballero que habia mostrado en toda la campaña una singular intrepidez, unida á la mayor sagacidad y discrecion, al mismo tiempo que el buen humor con que sufría toda clase de privaciones, y sus modales afables, le hacian el favorito de todos, soldados y oficiales. Consiguientemente dejó Sandoval el campo, dirigiéndose á la costa; y esta vez no erró Cortés la eleccion.

Sin embargo del influjo que ya entonces ejercian los españoles en su real prisionero, sentia el general alguna inquietud cuando reflexionaba que en cualquier tiempo podian cortar los indios toda comunicacion con el pais inmediato y tenerle prisionero en la capital. Propuso por lo mismo construir dos buques de tamaño suficiente para transportar sus fuerzas por medio del lago y estar así independiente de las calzadas. Quedó complacido Montezuma con la idea de ver estas admirables casas en el agua de que habia oido hablar tanto, é inmediatamente dió permiso para cortar la madera necesaria en los reales bosques. Púsose la obra bajo la direccion de Martin de Lopez, experimentado constructor